

15

CÉNTIMOS

¡ALEGRIA!

15

CÉNTIMOS



Al volver de la boda en la Bombilla

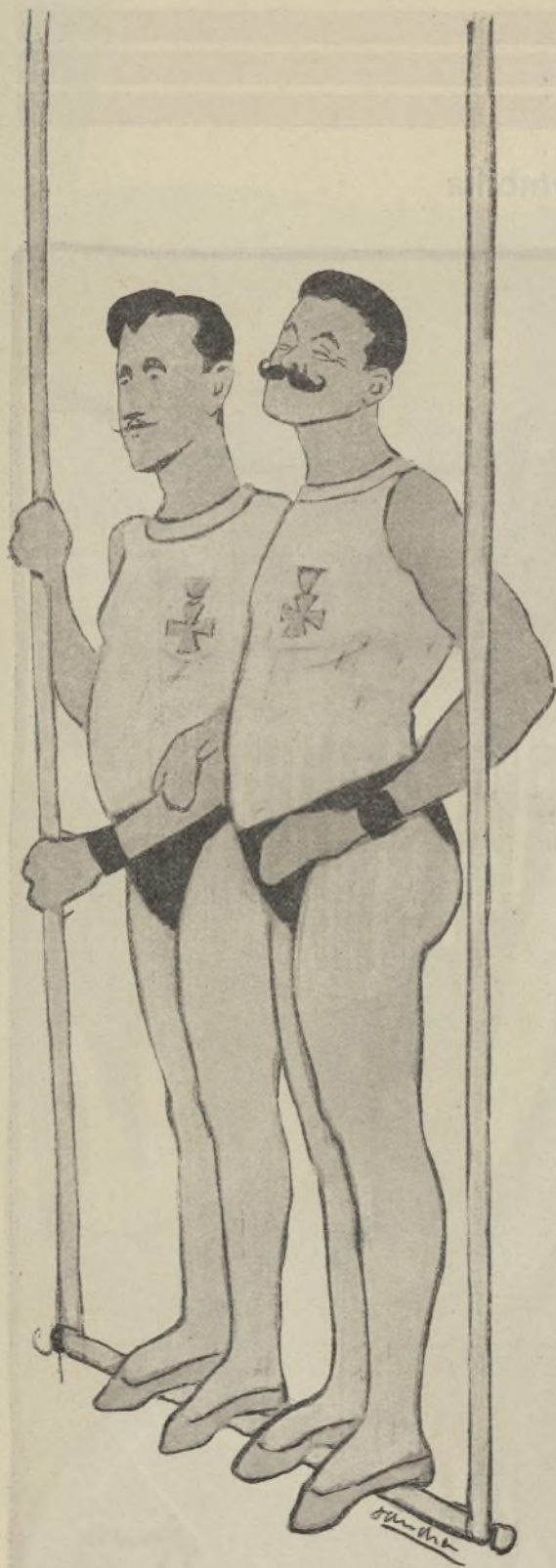


—En mi vida he visto boda más sosa, chicas. La novia bailando hasta con los organilleros y el novio dale que le das al manubrio.

La pequeñita. —Es lo que yo digo; hay hombres que se casan para tocar ellos y que bailen otros.

VACIADOS ALEGRES

Serafín y Joaquín Álvarez Quintero



S. y J. los hermanos,
dos ingenios sevillanos
que escriben á cuatro manos.

El rosal de Andalucía
dió la flor de su alegría
y de su españolería.

¡Ah, soberbios saineteros,
andaluces «embusteros»,
alegres titiriteros!.....

¡Oh, Sevilla, maravilla,
la gracia de la mantilla
y el olor á manzanilla!

¡Oh, ricos observadores,
grandes acaparadores
de su luz y de sus flores!

¡Oh, Sevilla, maravilla
con risa de seguidilla,
con olor á campanilla!

Tiene en vosotros su planta,
en vosotros ríe y canta,
sueña, suspira y encanta.

¡Qué suerte ser sevillanos
y el haber nacido hermanos
y escribir á cuatro manos!

¡Qué suerte lograr el fin
de Serafín y Joaquín
ó Joaquín y Serafín!

Vuestra gracia es infinita,
todo mal humor nos quita
y á la vida nos invita.

¡Vuestros chistes populares
hacen reír á millares
de curas, pero ejemplares!

Vuestra gracia es una gracia
que es toda una aristocracia,
gracia que no se desgracia;

que hace reír por igual
al sabio que al animal,
á un *lilial* que á un concejal.

Gracia que en «la lucha ruin»
les sirvió de trampolín
á Serafín y Joaquín.

Paladines de la gracia,
de ella en vosotros se sacia
toda nuestra democracia.

¡Oh, donosos saineteros,
¡oh, vosotros los primeros
alegres titiriteros!.....

..... Que haceis el camino amable
y la vida deseable
y la muerte detestable!

J. Ortíz de Pinedo.

MONERIAS DE ACTUALIDAD



Lo de los coches de punto.

—Parece que por fin nos renuevan el contrato.
—Pues ya sé lo que va á decir el público: que más falta hacía que nos renovaran á nosotros, á los coches y á los pencos.



Segundo homenaje á Echegaray celebrado por las víctimas del tercer depósito.

Un muerto (leyendo).—¡Oda al Sol!



El nuevo gentil-hombrin.

El uniforme me viene ancho..... pero sobre todo la llave es atroz. Nada, que tendré que agrandarme la cerradura.



El paseante en cortes..... ajenas.

El P.—Y ahora, ¿dónde vamos desde esta Lechería?
Mella.—Ya sabe V. A. que estoy siempre á su disposición como súbdito fiel y como Académico de la Lengua.
El P.—Entonces andando á cualquier otra.

LA SORDERA CRÓNICA

—No se puede negar que los últimos días han sido ruidosos.
—Ya lo creo; cañonazos en Cartagena, bombas en Barcelona, *Ruido de Campanas* en la capital de Navarra y estreno de una obra de Sinesio Delgado en la Zarzuela. ¡No se puede pedir más ruido en menos tiempo!

—Y aún se olvida usted del ruido que ha hecho la calaverada de D. Jaime viniendo á Madrid para retratarse en la puerta del Palacio de Oriente á semejanza de aquellos indios montañeses que se retratan indefectiblemente delante de sus hoteles, y el ruido que ha armado la policía cogiendo ¡por fin! á unos ladrones en el propio sitio del delito. Si le digo á usted que la última semana ha sido emocionante de verdad. Y eso que en ella no hemos salido de nuestro cuidado. Si llega á suceder esto y arder los árboles de fuego que Dato prepara para celebrarlo (la fiesta del árbol como si dijéramos), medio Madrid estaría con algodones en los oídos y padeciendo del corazón la otra mitad. Buenos son los ruidos y las emociones; pero, ¡por Dios!, que nos distribuyan aquéllos y éstos de modo más bonancible para nuestros tímpanos y nuestros sistemas nerviosos. Máxime hallándonos todos los madrileños embarazados con el famoso concurso de un popular colega.

—Yo, amigo mío, por mucho que lo piense no puedo explicarme la genialidad de D. Jaime.

—Ya, ya. ¡Mire usted que encerrarse con Mella en una habitación interior! Un príncipe con Mella. ¡Ah!

—No, no es eso. ¿Por qué diablos se le ocurrió retratarse en la puerta del Palacio Real? Yo siempre he oído decir, con perdón de Vadillo, «rey en puerta», pero príncipe en puerta jamás. Si es cierto que D. Jaime mantiene, según afirma emocionado, relaciones tan cariñosas con su Padre y Señor visitándole cada cinco años rápidamente en Venecia, esa suplantación en puerta me parece de un gusto deplorable.

—Además, de que en el momento de disparar el fotógrafo había allí dos príncipes en puerta; el de fuera y el de dentro, porque para mí que éste también lo va á ser.

—¿Quién se lo ha dicho á usted?

—El padrino.

—¿Cómo el padrino?

—Sí, señor; ¿no es Sastre el padrino? ¿Usted cree que un sastre ha de prestar sus servicios con más gusto á una hembra que á un varón?

—Me deja usted estupefacto; ¿de modo que lo va apadrinar un sastre? Por eso me miró ayer Weyler como diciendo, fastidiaos.

—No lo dude usted, este gloriosísimo D. Valeriano se figura que en tiempo breve han de nombrarle príncipe de la milicia, y va publicando por ahí: ya somos dos los príncipes sacados de *pila* por el mismo padrino.

Además, para demostrarnos su desprecio lleva los pantalones con unas rodilleras insultantes. Mucho fio del poder espiritual que á José Sarto ó Pio X ha concedido el cielo. No dudo de que su santa mano sea la mejor para sacar príncipes de pila; pero con todo aquel poder y con toda esta santidad manual ¿á que no le quita las rodilleras al pantalón de Weyler?

—Tiene usted razón, ya no se milagrea. Digo, sí, todavía se hacen milagros, pero no son los Papas los taumaturgos, sino los jefes de nuestra vilipendiada policía. Hace muchísimo tiempo que no se había dado en España un caso semejante, suponiendo que se haya dado el caso alguna vez: le roban á un indiano en el tren y parecen los autores y lo robado, asaltan seis ó siete ladrones una casa de la calle de Alcalá y la policía les coge á ellos y la calderilla que se llevaban. ¿Será esta la revolución desde arriba de la cárcel que nos había prometido Maura, ó estaremos disfrutando ya las ventajas de nuestra buena amistad con la poderosa Albión, tan hábil para coger cacos y peñones?

—Cualquiera lo sabe; pero juzgo como usted que el caso es extraordinario. Aún cuando, si bien se considera, los ladrones del indiano debían de ser, dentro de su profesión, unos colillas.

—¿Colillas, por qué?

—Porque los cogieron en Cenicero. ¿Qué quiere usted que se coja ahí más que colillas? En cuanto á los ladrones de Madrid ¿quién demonios les mandaba meterse en una casa con dos puertas?

—¡Hombre! precisamente siempre se ha dicho casa con dos puertas, mala es de guardar.

—Por eso no pudieron guardarse nada. Ni siquiera los perros que se llevaban y que con el susto de verse acosados por la policía fueron derramando por todas las habitaciones de la casa robada.

—¡Y los chuchos sin ladrar! ¡Fíese usted de los perros! Luego dicen que con un par de ellos está perfectamente defendida cualquier finca. Sí, sí; más de mil pesetas en perros había en la caja de caudales violentada por los cacos, y ninguno de aquéllos dijo este ladrado es mío. ¡Se acabó también la leyenda dorada de los perros!

—No tanto, no tanto, amigo mío; para algo sirven. Recuerdo haber leído que esos honrados amigos del incógnito D. Antonio, que tanto va á pintar en este proceso, se ampararon en una habitación para que la policía perdiera su pista. ¿Y sabe usted cómo los guardias del orden consiguieron descubrir su refugio? Por el rastro de los perros..... que se les habían caído en la fuga. De suerte que ya ve usted que el rastro canino es útil todavía. No declaremos tan precipitadamente el fracaso de todas nuestras leyendas doradas. Aún ocurren sucesos consoladores que nos pueden convencer de que no se ha acabado todo en España. ¿Quiere usted una prueba? Vaya la siguiente y abrumadora: Cierta gentilísima ex-tiple del género chico acaba de heredar un millón de pesetas. ¡Ya ve usted qué triunfo artístico después de retirarse de la escena!

—¿Qué dice usted? ¿Le ha caído encima un millón de *beatas*?

—Sí, señor. Un millón de *beatas*.

- Cómo se va á poner el cuerpo la ex-tiple del género chico.
 —En grande.
 —¡Pero no serán demasiadas! ¿Qué va á hacer con todas ellas?
 —No pase usted cuidado. Las pesetas en estos tiempos apenas rozan nuestros bolsillos. La vida es cara..... ó cruz, como las monedas que se echan al aire. Posible es que todavía tenga que volver á cantar la heredera del millón; ¡y eso que no coge las pesetas de canto!
 —Haga Dios que se equivoque usted, y ojalá que nuestras tiples-chicos (suprimamos lo del género en obsequio á la brevedad) heredara cada una de ellas un millón. Cómo descansaríamos todos. Desgraciadamente eso no ha de suceder, y tendremos que continuar oyéndolas.
 —¡Antes la sordera crónica!
 —Firme usted.
 —Ya está.

Derur.

El idioma del Dante en el vestibulo de la Comedia



- ¿Hai tu capito il pericoloso argomento di questa atroche commedia?
 —¡Yo non capó niente lo que sí chiama non capar niente!
 —¡Oh mio caro, cual felichitá para la tua moglie!

OCUPACIONES MADRILEÑAS

¡Nuestras ocupaciones, las de los «ricos», los «distinguidos», los vividores de la espuma! ¡Nuestras ocupaciones!

¿Tenemos realmente alguna?

¿Cómo vivimos los madrileños finos?

Nos levantamos tarde; esto es de *ene*. Madrid, como todo el mundo sabe y *Figaro* dijo hace un rato, es el pueblo de la pereza y la calma administrativa y no administrativa. Nos levantamos tarde porque vivimos de noche, porque únicamente de noche podemos vivir, porque de noche es cuando tenemos algo que hacer; porque de día no es posible hacer nada..... Nuestra vergüenza (!) sale de noche, porque gusta poco de pasarse a la luz del sol.....

Nos levantamos tarde y, tras la ojeada indiferente a la prensa — los «Ecos» de nuestra sociedad, el anuncio de los teatros..... —; tras la ojeada a la prensa y el terrible problema de lo que vamos a hacer durante el día — porque no tenemos nada que hacer, según se ha dicho — almorzamos. La conversación de nuestra familia, si no nos molesta, no nos encanta, que digamos; la familia es algo secundario, accesorio.....

Almorzamos y salimos a la calle. ¿Dónde? Al Círculo, al café..... a buscar la compañía de los amigos, porque solos no podemos estar. Tenemos la manía de la asociación, como los obreros..... ¿Y para qué nos asociamos unos y otros? Pues, para nada; para charlar, para comentar, para protestar, los que protesten; en substancia, para nada..... El café, la conversación de los amigos, es nuestro elemento. Entre amigos nos preocupamos de todo lo que no nos importa: lo ajeno, ya se sabe..... Las noticias privadas del Rey ocupan preferentemente nuestra atención; el run-run del ruido de «nuestro mundo» — noviazgos, capitales, *sports* — completan nuestra comidilla. Y las cuestiones de honor. Tenemos amigos con honor y se ocupan de él.

La política, ¡oh, la política! Nos encanta. Nosotros los hijos de grandes, de ilustres, seremos mañana, sin que Dios lo remedie, vuestros gobernantes. Ya en brazos de la nodriza gallega, ataviada de reina melodra-

mática, llevamos por sonajero de plata un acta de diputado.....

«Nuestros padres de consuno
nuestras actas acordaron.....»

La política es nuestro refugio; ella hará visible nuestra inutilidad, pagándonosla a peso de acta rica; pero no desbarremos, que todavía no somos diputados.....

La tertulia en el círculo se prolonga hasta el *ata-decer*, que dijo cierto ministro-poeta que, como Maura, ministro y poeta, gustaba de hacer frases, y al *ata-decer* nos dirigimos a la Carrera, a Lhardy, a tomar un pastel. En Lhardy, y entre pasteles, prosigue la política..... Alguna de nuestra gente pasa a pie y en coches por la Carrera; nos saludamos; comentarios.....

¿Qué más hacemos? Tal vez una visita, tal vez compramos una chuchería en casa de Thomas y nos paramos en el escaparate de Fe a ver los *monos* de los libros franceses.

Y como ya es de noche, ha empezado ya nuestra vida. Comemos con un amigo o una amiga; acudimos a la cita que tenemos pendiente con aquella florista que nos gustó y pretendemos uncir a nuestro carro de victoria. Después vamos al teatro, o preferimos las ligeras expansiones del *Kursaal*, que es otra de las substancias que componen nuestro elemento. A la salida del teatro cenamos con otros amigos y, como por la tarde, seguimos inventariándolo todo..... Somos los cronistas de la palabra.

Y de madrugada a casa, a dormir nuestro hermoso no hacer nada.

Somos abogados (es natural) y tenemos dinero, y un nombre ilustre, y unos padres satisfechos de nosotros.

Hemos nacido para gastar, para cazar, para patinar, para vivir de noche, para no saber qué hacer, para aburrirnos.....

Y para aburrir a los demás.

Luciano.

LIBROS EN SOLFA

Las novelas que publica nuestra fecunda juventud literaria, pueden clasificarse de la siguiente manera: novelas coloristas, novelas cloróticas, novelas *sicalípticas* y novelas color de garbanzo. Las coloristas, debidas a la «exuberante imaginación andaluza» son temibles como ellas solas y el que las lee está expuesto a pillar una insolación; tal es la fuerza de sol que se le viene encima. Las cloróticas, o por otro nombre decadentes, no matan de golpe y porrazo, pero con su morboso ensueño pálido, sus misterios *maeterlinianos* y sus sutiles desolaciones, nos filtran en el ánimo regocijado el terrible bacilo de Kok. Las *sicalípticas* son

menos crueles, pero, ¡ay del que tome a pecho sus procesos de amor! porque irremisiblemente será víctima de la locura genésica. Las únicas novelas inofensivas son las de color de garbanzo y a esta clase pertenece una intitulada *Doña Martirio*, de D. Mauricio López Roberts.

Los garbanzos de peseta, con ser tan malos, tienen más substancia que la novelita de D. Mauricio López; débese, pues, el parecido de la novela con el garbanzo, no a la substancia, sino al color, al simbólico color de ni fu ni fa, eminentemente español, al tan repetido color agarbanzado que hizo famoso a Picón. ¡Cómo que

al leer las pesadas páginas de *Doña Martirio* creíamos estar leyendo al ilustre autor de *El enemigo*! No obstante, nos hace más gracia López Roberts, que en *Las de García Friz* prometía lo que luego no ha cumplido.

Doña Martirio es la desafortunada realización del pensamiento que enamorara al autor, y tiene dicha señora ciertos lamentables reflejos de la conocida *Doña Perfecta*. Porque Roberts ha querido, como si lo viéramos, hacer de su *Doña Martirio* una mujer de talento, de finas artes diplomáticas y, sin querer, ha hecho una bachillera vulgar sin pizca de mérito y, candorosa, á pesar del empeño del autor en hacerla viva. Las intrigas de *Doña Martirio* en el ambiente clerical de Toledo, no tienen mayor transcendencia que las de cualquier diputado anónimo en los pasillos del Congreso. ¡Qué lástima! Porque, confesamos, en honor del Sr. López Roberts, que la presentación del tipo nos gustó y esperábamos que en la acción y en el desenlace de la novela nos siguiera gustando, pero ¡ay! no fué así. Además, *Doña Martirio* no es, ni mucho menos, el personaje capital de la acción, por lo cual está mal titulada la novela. Debiera nombrarse en justicia *Los amores de Paco* y, como sería un título feo, nombrarse de otra manera, pero nunca como lo está. Los amores del hijo de doña Martirio con la pobrecilla Leonarda, son los que componen el cuadro y en tales amores no toma parte esencial la eclesiástica señora.

Doña Martirio es una novela de curas y parece una propaganda de las oficiosidades íntimas de la catedral de Toledo; pero, ¡oh ironía de Roberts!, después de presentarnos tres curas que son tres buenas personas, dice de uno de ellos que *piafaba*. ¡Hombre, por los clavos del Cristo de la catedral de Toledo!

Es una verdadera plaga, más dañina que la langosta, el lenguaje de los *modernos*. Por hacer frases nuevas, por destacar y aparecer como originales, dicen cada cosa....

Y otra plaga son las descripciones. A cada paso coloca el Sr. López Roberts una descripción, y no feliz, y que, además, en la mayoría de los casos, es completamente innecesaria. Lo mismo sucede con todos los novelistas nuevos. Va á ser cosa de abrir un concurso para premiar una novela sin descripción.

Pero, por lo visto, tienen como excelencia en los concursos la descripción. Porque *Doña Martirio* es el primer premio del concurso de *La novela ilustrada*.

No hay por qué añadir que el segundo premio y las recomendadas, serán también abundantemente descriptivas.

Octavo Menor.

En casa del herrero....



—¿No le da á usted vergüenza llevar un traje tan destrozado?.... ¿A qué escuadrón pertenece usted?

—Al primero, mi Comandante.

—Ocho días de arresto y preséntese inmediatamente al sastre del escuadrón.

—¡Es que el sastre del primero..... soy yo!

PELICULAS

El *Cine* es la suprema palabra del arte dramático. Vino á hacerle la competencia al género chico, y, sin querer, se la ha hecho también al grande. No hay más que ver el lastimoso resultado de la temporada teatral, en la mayor parte de nuestros coliseos sin *Cine*. En el pudibundo teatrito de D. Cándido, tuvieron que echar

mano de una cupletista para salvar la situación. En Apolo, tres cuartos de lo mismo. Y si Escudero hubiera seguido el ejemplo, cantado le hubiera otro gallo. Pero el consecuente empresario de la Comedia, dijo á Talía: —¡De ti ó de nadie!—Y, en efecto, ni de Talía ni de nadie. Tirso ha estado más solo en su teatro que

Salmerón lo está entre los suyos. En cambio, nuestro egregio Díaz de Mendoza ha quedado con sus ganancias á la altura de un *Cine*. Digan lo que quieran sus cuentas del Gran Capitán, publicadas en la prensa.

Pero, descontado el ex-catedrático del Conservatorio, los demás empresarios no han podido cantar victoria.

Por eso, el *Cine*, con sus películas y sus juegos de manos y sus tocadores de guitarra, es la suprema palabra del arte dramático. No hay autores, pero hay películas. No hay obras de la propia cosecha, pero hay *couplets*.

Los historiadores del Teatro Español, al contar á la posteridad la evolución literaria, anotarán inmediatamente del teatro de D. José, las *Varietés del Cine*.

— ¡Mamá, llévame al Kursaal!

— Hija mía, ¿qué disparate dices? ¿Tú sabes lo que se ve en el Kursaal? ¡horror! Con tu padre fui toda la temporada pasada, y no pienso volver.....

Tampo nosotros pensamos volver. La verdad, no nos cautiva tanta francesota y tanto *couplet* con versos faltos de sílabas y de gracia. Lo único que allí encontramos deleitable es la Fornarina. Ah, y el café; que sin tener la *degustación* del Tupinamba es preferible á las pócimas de los acreditados establecimientos.

Pero, aparte esas dos degustaciones, no hay nada que valga la pena en el Kursaal. Preferimos verlo en su prima naturaleza de juego de pelota. Y más vale llevar la cuenta de los *tantos* que de las *tantas*. Nada, que optamos por las pelotas.

Porque ¿qué es lo que hace el hombre ante el escenario del Kursaal? Pues, sencillamente, perder todo lo que tiene de ángel para rendir culto á todo lo que tiene de bestia, que es bastante.

Y aburrirse, además.

Porque es lo más aburrido del género.

Ahí de que en la sala se sirva café para que los espectadores no se duerman.

Un número de circo llamó nuestra atención: el hombre que imita al mono. ¡No se puede pedir á un hombre imitación más perfecta! Hace el mono *vestido* de lo mismo, como si fuese un mono de veras.

La verdad, nos gustó el trabajo.

Pero creímos que el hombre-mono era Linares imitando á Benavente.

O Benavente imitando á Ibsen.

Y acabado el trabajo del hombre-mono, volvimos á aburrirnos.

Nada, que es cosa de *ibsen* del Kursaal y de no volver.

Pues señor, estamos frescos;

con el robo del indiano

y el de las señoras, que

las han cloroformizado,

no se va á poder viajar

ni siquiera en carromato.

Eso de que uno se duerma

y le metan mano al saco

de viaje, y al despertar

se encuentre desvalijado,
es cosa de menos gracia
que una comedia de Ramos.
¡Ya ni dormir es posible!

Por supuesto, acostumbrados
estamos los españoles
á pagar el sueño caro;
y, por eso, es natural
que mientras *cabeceamos*
tumbados á la bartola,
nos estén desvalijando.

— ¡Qué nube de *ingleses*!

— ¡Calle usted! El campo de las deudas es el que tiene más dilatados horizontes. ¡Ni con telescopio voy á ver más lontananzas!

— ¿Debe usted mucho?

— ¡Más que usted!

— Lo dudo; tengo yo más *ingleses* de lo que usted se figura, y hasta de lo que yo me figuro. Soy español, pero parezco inglés por las muchas relaciones que tengo con ellos. Si hubiera nacido en Londres, no me temería con más *ingleses* que en Madrid. Con decirle usted que no puedo andar por la calle..... Acabaré por recorrer Madrid en globo.

— Lo mismo nos sucede á casi todos los españoles. El que no debe, es porque no puede. ¡Ni más ni menos!

— ¡Se va poniendo este Madrid, que, ya, ya! Va á llegar día en que haya mayor número de *ingleses* que de españoles; esto es, de acreedores que de deudores.

— ¡Ojalá! Siendo mayor el número de *ingleses*, no resolverían el problema de..... no pagar.

— Al contrario; se juntaban los *ingleses*..... y entonces es cuando las pagábamos todas juntas.

— En fin, sigamos viviendo.

— Sigamos debiendo.

— Por muchos años.

— Vaya usted con Dios.

Según se ha dicho, el estado sanitario madrileño poca variación acusa en Abril, Marzo y Febrero.

Las enfermedades propias de lo crudo del invierno han cesado, y ahora empiezan las dolencias del buen tiempo, ¡que cada mes tiene los males propios de su *sexo*!

Y esto mismo nos sucede con los acontecimientos teatrales y políticos y otros de distintos géneros; salimos del mal de un mes para entrar en un mal nuevo, que es como salir de Maura y entrar otro Ministerio.
¡Qué le hemos de hacer! El año así lo tiene dispuesto.
¡Por eso nos da lo mismo el verano que el invierno!

Carne torera ó la terrible cogida del VAQUITO

Alcarria, 7 Abril, 6 tarde.

Al dar un pase de pecho al segundo toro el espada *Vaquito* fué enganchado por la región glútea.

El toro se echó al espada del cuerno izquierdo al derecho, siempre por la región glútea correspondiente, y al fin lo dejó caer pesadamente en tierra.

El *Vaquito* permanecía inmóvil.

Los compañeros de éste acudieron para llevarse á la res, pero el toro, que se llamaba por cierto *Valeriano*, no quiso acudir al trapo, cosa que sorprendió muchísimo á todos.

La escena era terrible; traducida del francés por dos ó más ingenios de esa corte.

Al fin el toro se cansó de cornear al *Vaquito* y éste fué retirado del ruedo en brazos de las asistencias.

¡A buena hora le asisten á uno!

Conducido á la enfermería, el médico de la plaza le apreció, en un primer reconocimiento, lo siguiente:

Una herida de siete centímetros de extensión por siete de profundidad en la región glútea derecha.

Otra herida de siete centímetros de extensión por siete también de profundidad en la región glútea izquierda.

Otra herida de siete centímetros de extensión por siete de profundidad en la región mamaria derecha.

Otra ídem íd. en la íd. izquierda.

Un puntazo en el escroto.

Otro puntazo mayor.

Fractura de tres costillas verdaderas y dos falsas.

Pneumonía traumática.

Commoción cerebral y varias lesiones de distinto género repartidas en todo el cuerpo.

Además se temen complicaciones.

Aprovechando un colapso del *Vaquito* salgo de la plaza para poner este telegrama urgente y un aviso, también urgente, al cura de la parroquia.

La población está consternada.

PUNTILLA.

Alcarria, 7 Abril, 9 noche.

Verificado un segundo reconocimiento se observa que el *Vaquito* tiene rotas cuatro costillas más.

Se ha presentado por sí sola la peritonitis.

El hígado no parece.

Tampoco parece el bazo afectado por la cogida, pero los médicos no se atreven á asegurarlo.

El *Vaquito* no ha vuelto todavía en sí y ya le han desahuciado.

PERSECUCIÓN TENAZ



— Advierto á usted, caballero, que soy casada.

— Ya lo sé, señora, con un joyero. La he visto á usted salir del escaparate.

— Sea como fuere es mucho empeño.....

— Muchísimo. ¡Si lo sabré yo!

— ¿Usted?

— Soy tasador del Monte.

Se le acaban de administrar los últimos sacramentos.

Todos tememos que esta noche sea una noche de luto para la Alcarria. Mañana se espera al candidato ministerial. Llueven sobre nosotros las catástrofes.—

PUNTILLA.

Alcarria, 8 Abril, 12 noche.

Después de pasar toda la noche sin salir del colapso y de la disnea, á las diez de la mañana abrió el *Vaquito* los ojos y pudo pedir un caldo.

Después del caldo se fumó el *Vaquito* un cigarrillo.

Levantáronle luego los apósitos de la primera cura y vieron que las heridas tienden rápidamente á cicatrizar.

La peritonitis se va. El hígado ha parecido. El bazo está indemne. La pneumonía no era traumática, sino enigmática. Las costillas se han vuelto á componer. El puntazo menor y el otro puntazo no son cosa mayor. En suma, el *Vaquito* mejora rápidamente.

También le han cosido la taleguilla.

Si no sobrevienen complicaciones puede esperarse que ambos recobren la salud; sin embargo, los médicos no se atreven á asegurar nada, y de vez en cuando repiten un gesto de desesperación.

Todo el pueblo inquiere con avidez noticias del herido, comentando lo terrible de la cogida.

Telegrafiaré.—PUNTILLA.

Alcarria, 8, Abril, 4 tarde. (Urgentísimo.)

Completamente curado de su espantosa cogida ayer, mañana torea el *Vaquito* en nuestra plaza ochores de Miura en obsequio del candidato ministerial. Gran animación.—PUNTILLA.

EL PRINCIPE FANTASMA

Si D. Jaime de Borbón no existiera, sería preciso inventarlo.

A nosotros nunca nos han hecho mucha gracia los príncipes, pero éste hay que confesar que la tiene.

De tiempo en tiempo aparece en Madrid, toma un vaso de leche y se vuelve á Francia como si tal cosa.

Tiene mucho de novelesco el primogénito de Carlos *Chapa*. Mentira parece que se pueda á la vez ser romántico y amigo de Mella, pero D. Jaime es una prueba de que tal paradoja existe.

Por eso pone en sus viajes una mezcla deliciosa de conspirador cursi y de hijo de su padre (ú *séase juerquista*).

Como político se deja encerrar misteriosamente en un cuarto interior de la casa de D. Juan (¿qué cuarto sería ese?), y como Jaime se marcha á los toros, á los teatros y á pasear por las calles céntricas.

Realmente son muy divertidas las cosas que le suceden. Y aún más entretenidos que sus viajes son los relatos que los diarios monárquicos nos colocan.

Según ellos, D. Jaime entró en España por la frontera (¡naturalmente!), y tan bien disfrazado, que en Medina del Campo ya le había conocido un tal Gaytán de Ayala, amigo suyo.

Llegó á Madrid el 31 de Marzo, oyó misa en los Jerónimos (¡qué buenas mujeres van á esa iglesia, querido Príncipe!) estuvo luego en los toros y por la noche dió el gran susto á Mella. D. Juan Vázquez tardó mucho tiempo en reconocerle porque jamás le había visto personalmente. El que le conoció en seguida fué un redactor de *La Correspondencia*, que se acercó al grupo en la calle de Alcalá. Por cierto que tuvo gracia lo que á D. Jaime le ocurrió aquel día: Le conoció todo el mundo menos el jefe de su partido, que aún se hace cruces (muchas cruces), recordando tan fantástica aparición. Pero sigamos el relato.

Al día siguiente marchóse el Príncipe á Sevilla, y desde allí á las minas de Cala, marchando nueve horas á lomos de un correligionario fanático que se prestó á tal servicio.

De vuelta en Sevilla, visitó los monumentos, asistió á los toros y estuvo en el teatro, donde de nuevo fué reconocido por unos turistas franceses. D. Jaime viaja de incógnito tan sólo para aquéllos que jamás le han visto.

Pero lo que tuvo salero fué lo que hizo al regresar

á Madrid un lunes por la mañana. Salió del cuarto interior en que Mella le tenía escondido y fuese á busca de dulces á una confitería llamada «La Providencia». El título de la tienda no podía ser más sugestivo para un carlista. El Príncipe compró en «La Providencia» unos cuantos *tocinos del cielo* y salió á escape antes de que también el confitero le reconociese. Paseó después su alteza, por la calle de Sevilla, entró á afeitarse en una peluquería y habló largamente con los dependientes, costumbre esta última que, unida á la de asistir á las corridas de toros, le convierten en el más español de todos los Jaimes.

Por la tarde visitó á Casasola, por la noche estuvo en Apolo, cenó luego en la Viña P.; y paseó muy poco tiempo por la Plaza del Progreso, marchándose en seguida (¡claro! ¿Cómo iba á estar á gusto en esa plaza?

D. Juan Vázquez Mella había ido en tanto á buscar á Barrio y Mier, que era el personaje indicado para después de la cena. Juntos todos, celebróse una larga conferencia. Lo que entre los dos *conspicuos* y el heredero se tratara, ha quedado en el misterioso cuarto interior de casa de Mella..... ¡Respetemos el secreto!

Y ahora hablemos de las brillantes cualidades del Príncipe.

Es de inteligencia clara y voluntad enérgica. Conoce todos los Estados de Europa y habla catorce idiomas distintos. Es una especie de Toribio regio que en un momento dado *saca la lengua* que más le conviene y habla lo mismo con el ruso que vende las pieles, que con el húngaro que domestica las monas. Para lucir esta habilidad de poliglota tiene la gran suerte, pues un día, según dicen los periódicos, se encontró con un *joh* casualidad! en su mismo vagón viajaban un francés, un inglés, un ruso, un alemán, un italiano y dos españoles, á todos los cuales hizo creer con su charla que se trataba de un compatriota. Se conoce que aquel día tropezó D. Jaime con la «Academia Berlitz» que iba de camino.

El Príncipe es muy moreno (de eso sí que tiene la culpa el sol, Sr. Echegaray), y es fuerte, ágil y con músculos de acero. Todo lo cual no le ha librado de acatarrarse al finalizar su deliciosa excursión.

Porque ahora resulta, y con esto terminamos, que D. Jaime es un príncipe legendario, pero constipado. Una especie de fantasma con *grippe*.

PAPEL HIGIÉNICO

Francia es un país *papelero*.

El mayor éxito de un periódico francés consiste en dar á la publicidad los documentos privados de un personaje, y si éstos son comprometedores porque encierran injurias ó censuras para otras personas, los lectores se refocilan y se revuelcan sobre el estercolero de honras putrefactas.

Un *dossier* de los llamados de *alta traición*, ó sea de aquellos que se componen de planos militares, informes del Estado Mayor, cartas de generales y apreciaciones sobre el armamento, es una mina para la prensa que llena, á su costa, las columnas de los diarios y las cajas de las administraciones, sin perjuicio de que, al cabo de los meses, se descubra que se trata de un lote de papel viejo que, para envolver, compró un especiero en una subasta del Ministerio de la Guerra.

Pero cada documento que encuentran los traperos entre la basura ó que sorprende la policía en las cocinas de las casas particulares, aumenta, al ser reproducido por la prensa, la indignación nacional, y las personas á quienes directa ó indirectamente se hace en él referencia son tachadas de traidores, perseguidas por las turbas y encarceladas por las autoridades, ó tienen que huir ó que suicidarse para no sucumbir víctimas de los primeros prontos del amor patrio, mientras la expectación pública se desborda y el proceso sigue su marcha, despidiendo un pestífero olor á manteca rancia ó á carne podrida por todas sus pruebas documentales.

Desde el *dossier* celeberrimo de Dreifus, inagotable porque estaban una docena de sinvergüenzas falsificando documentos á porfía, no han topado los periódicos franceses con otro filón por el estilo, aunque lo han buscado sus más activos *reporters*.

El de los Humbert dió bastante juego; se publicaron hasta las cuentas de la lavandera de la casa, las cartas de los trapicheos modistiles del golfo Daurignat y las tarjetas de visita cuyos nombres, más ó menos ilustres, pasaron durante unas horas como otros tantos cómplices de la plausible estafa hecha á los usureros con el espejuelo del fantástico tesoro de los Crawford.

El *dossier* de Syvetton tuvo mucho más éxito, porque unía á la nota de la difamación la nota *sicalíptica*, llevada al extremo de la pornografía más descarada.

Por él supimos que con la misma mano con que Syvetton abofeteaba al ministro de la Guerra en el *Salón de pasos perdidos* de la Cámara, andaba en otros pasos no menos perdidos con su hijastra y con la criada de su hijastra y con la hija del portero de

su hijastra y con todas las que se le ponían por delante.

¡Cómo sería la reproducción del sumario secreto, hecha por los periódicos que, coincidiendo con ella, se apreció en las estadísticas demográficas oficiales un gran aumento á favor de la tisis.

Pues ahí están la hijastra y su marido ocultando su deshonor en un pueblecillo insignificante de allende el Pirineo, y todavía, cuando no tienen los *reporters dossier* á la vista, van á hacerles una visita para ver si les queda algún trapito interior que sacar á la vergüenza pública.

En uno de estos entreactos, ya que de vivos no las había, salieron á relucir las cartas amorosas de la Jorje Sand y Alfredo de Musset.

No hay *cocotte* distinguida, ni *chanteusse* celebrada cuya correspondencia particular no haya sido violada ¡que ya es el colmo de la violación!

Nadie que en Francia eche una carta al correo puede tener la seguridad de no verla reproducida al día siguiente en los periódicos.

Los franceses gozan con los papelotes.

Ahora están locos con los que contenía la valija del Vaticano sorprendida en la frontera y los incautados por la policía en casa de Montagnini.

Todos los días publican los periódicos un fárrago de ellas, y en cada carta, en cada volante, en cada tarjeta, ve la fantasía popular una prueba del tremendo, aterrador, espeluznante *complot*, que por mediación de Montagnini había fraguado Merry del Val para levantar la opinión pública en masa contra la ley de separación y sus patrocinadores.

¡Si sería terrible el *complot* que con cuatro mangas de riego se ha expulsado de Francia á todas las órdenes religiosas!

Y la opinión pública no ha dicho esta boca de riego es mía.

Pues esos importantísimos papelotes son los que ahora llenan las columnas de los periódicos gavachos.

Y el rasurado Montagnini, que es un simple procurador de monjas pobres, aparece á los ojos de Francia como un genio revolucionario que ha tenido en el bolsillo mugriento de la sotana los destinos de la República.

Ya verán ustedes como todos esos papeles sólo sirven para lo que la célebre carta misteriosa de Moret le sirvió á Maura.

Para lo que sirven los prospectos que dan por las calles.

El Sastre del Campillo.

Redacción y Administración, calle de San Lorenzo, 5.—MADRID

Imprenta de Eduardo Arias, San Lorenzo, 5.—MADRID

Revelaciones de Circo



—¡Oh Miss Maud, cuánto señor gordo del respetable público desearía ser vuestro caballo blanco!